

**“Festejad a Jerusalén” (Is 66, 10).
Santa María de Alicante y Nuestra Señora del Socorro de Aspe, Basílicas
Menores.**

1. “Alegraos de su alegría” (Is 66, 10).

“¡Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios!” (Salmo 86). Alégrate, Iglesia Diocesana, nueva Jerusalén; llenaos de gozo, ciudad de Alicante y ciudad de Aspe, porque han llegado días de alegría y de esperanza. Festejad con júbilo, hermanos diocesanos, porque nuestro querido Papa Benedicto XVI con fecha ha elevado a Basílicas Menores la Iglesia de Sana María de Alicante y la Iglesia de Nuestra Señora del Socorro de Aspe. ¿De dónde a nosotros que nos visite la Madre de nuestro Señor? (cf. Lc 1, 43). Con María nos visita, por la entrañable misericordia de nuestro Dios, “el sol que nace de lo alto” (Lc 1, 7). Grande es tu ternura, Señor, dándonos a María como Madre nuestra. Son muchas las palabras que iluminan el sentido de este acontecimiento; para captar y compartir gozosamente con vosotros sus rasgos esenciales, me ayudaré singularmente de las palabras del profeta Isaías 66, 10-14, leyéndolas, meditándolas, contemplándolas y orándolas.

“Desborde de gozo con el Señor, y me alegro con mi Dios, porque me ha envuelto con un traje de gala” (Is 61, 10). Este es el primer fruto de este bello acontecimiento, la alegría espiritual. También nosotros decimos con María: “Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador” (Lc 1, 47). “Que el Dios de la esperanza colme vuestra fe de alegría y de paz” (Rm 15, 13). Cantad un cántico nuevo que resuene en la asamblea de los fieles. Nuestra Señora Santa María, patrona de la vida interior, nos lleva dulcemente hacia las cumbres donde el aire es más puro, el cielo más claro, Dios está más próximo¹. “La Jerusalén de arriba es libre, ésa es nuestra Madre” (Ga 4, 26).

Basílicas Menores

El Concilio Vaticano II promovió la adaptación de las realidades eclesiales a las condiciones y necesidades de nuestro tiempo. Con el decreto “*Domus Dei*”² la entonces Sagrada Congregación de Ritos de Roma, cumpliendo este deseo del Concilio, confirió al título de “Basílica Menor” un nuevo y más rico significado. El título de Basílica Menor hace referencia indirecta a “Basílica Mayor”, pues determinadas iglesias notables con este título estarán más íntimamente unidas a la cátedra de Pedro, como centros de peculiar fervor litúrgico y pastoral. La Basílica Menor debe ser, según el citado decreto, un centro de irradiación de vida religiosa y pastoral, donde se dé gran importancia a la formación religiosa de los fieles, y al estudio y divulgación del Magisterio del Papa.

Aunque el nombre de “basílica” pueda estar referido a edificios civiles de épocas antiguas, la basílica cristiana como templo poco tiene de parecido con un templo pagano. La basílica cristiana nace por plasmación original cristiana de la unión de los elementos de la “*domus ecclesiae*” cristiana y la basílica romana profana. La basílica cristiana está en función del mandato de Cristo: “Haced esto en memoria mía” (Lc 22, 19; I Co 11, 24); está ideada y realizada en función de la celebración de la eucaristía y de la proclamación de la Palabra. En la concepción cristiana el templo de Dios, la “casa de Dios”, es la comunidad eclesial de discípulos en cuanto edificio espiritual, y el templo físico es sólo el signo visible de esta comunidad. (cf. Rm 16, 5; I Co 16, 19; Flm 2; Hch 10, 9; 20, 8).

¹ Cf. ROBERT DE LANGEAC, *La vida oculta en Dios*, Rialp, Madrid 1955, p. 271.

² Cf. SAGRADA CONGREGACIÓN DE RITOS, Decreto “*Domus Dei*”, 6 de junio de 1968: AAS 60 (1968), 536-539; ENCHIRIDION VATICANUM, EDB, Bologna 1977, nn. 456-460.

El Dios cristiano no habita “en templos hechos” (Hch 17, 24), sino que el hombre es el mismo templo, el santuario más digno de Dios: “sois edificio de Dios” (I Co 3, 9; cf Jn 2, 19; I Co 3, 16. 17; II Co 6, 16). Esta definición y conceptualización de los creyentes como el templo vivo de Dios no es ninguna arbitrariedad de los propios cristianos. Jesús le dice a Pedro: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16, 18). Así los discípulos de Jesús se han entendido siempre como “piedras vivas” (I P 2, 5). “Piedras vivas” es estar fundamentados en Cristo, dedicarse a la oración, tener un mismo pensar y un mismo sentir, no obrando por envidia ni por ostentación³. Y “casa de Dios” somos nosotros los cristianos si nos dejamos edificar, aglutinándonos por la caridad de modo que “lo que se realiza materialmente en las paredes, hagámoslo espiritualmente en nuestras almas”⁴. Por ello, cuando quieras reconstruirte a ti mismo como morada de Dios, “adórnate con la modestia y la humildad, y hazte resplandeciente con la luz de la justicia; decora tu ser con buenas obras, como oro acrisolado, y embellécelo con la fe y la grandeza del alma, a manera de muros y piedras; y, por encima de todo, como quien pone la cúspide para coronar un edificio, coloca la oración, a fin de preparar a Dios una casa perfecta y poderle recibir en ella como si fuera una mansión regia y espléndida”⁵.

María, Icono del misterio cristiano

“El solo nombre de la Madre de Dios contiene todo el misterio de la economía de la encarnación”⁶. En el misterio de María, nuestra Madre, se nos ofrece la pintura, el icono, realizado por nuestro Dios de todo el misterio cristiano; en ella se destaca el entrelazado íntimo de los misterios, “nexus mysteriorum”⁷. “María, dice el Concilio Vaticano II, que, habiendo entrado íntimamente en la historia de la salvación, en cierta manera en sí une y refleja las más grandes exigencias de la fe, mientras es predicada y honrada atrae a los creyentes hacia su Hijo y su sacrificio y hacia el amor del Padre”⁸. En la persona de María se reflejan las relaciones, las conexiones personalizadas, con la Trinidad, con Cristo, con el Espíritu Santo, con el hombre, con la historia y con la Iglesia⁹. María es la armonía realizada de la salvación, “síntesis de toda la obra de la redención”¹⁰. La estructura del misterio de María es la estructura misma de la Alianza, e imagen del pueblo de Dios en sus relaciones con Dios. Las supremas verdades de nuestra fe están en ella reflejadas.

Nuestra devoción a la Virgen

En María se plasma, pues, el misterio cristiano. A partir de esta conexión ya realizada en María de los distintos misterios, “nexus mysteriorum”, se puede explicar y comprender la estructura y el dinamismo de la devoción mariana¹¹. El nexo de los misterios indica la vitalización recíproca de ellos, evitando dividir lo que no se puede

³ Cf. ORÍGENES, Homilía 9, 12: SC 71, 244-246.

⁴ Cf. SAN AGUSTÍN, Sermón 336, 1-6: PL 38, 1475.

⁵ SAN JUAN CRISÓSTOMO, Homilía 336, 6: PG 64, 466.

⁶ SAN JUAN DAMASCENO, De fide orthodoxa, III, 12: PG 94, 1029 c.: “Dei Genitrix, totum mysterium declarat”.

⁷ JOSEPH RATZINGER Y HANS URS VON BALTHASAR, María, primera Iglesia, Narcea, Madrid 1981, p. 37.

⁸ LG 65.

⁹ Cf. BRUNO FORTE, María, la mujer icono del misterio, Sígueme, Salamanca 2001, p. 163.

¹⁰ IGNACIO DE LA POTTERIE, María en el misterio de la Alianza, BAC, Madrid 1993, p. 313.

¹¹ Cf. JOSEPH RATZINGER Y HANS URS VON BALTHASAR, o.c., p. 47.

separar; quien posee uno, si al mismo tiempo no posee los otros, no posee ninguno¹², por tanto el que ama a María ama a Cristo y el que ama a Cristo ama al Padre y al Espíritu Santo, y el que ama a la Trinidad ama a la Iglesia, y el que ama a Dios ama a su prójimo. Así nuestra devoción mariana estaría siempre referida en doble dirección a su Hijo, y se abrirá a todas las dimensiones de nuestro misterio como cristianos y como personas¹³: “La verdadera devoción a la Virgen Santísima se reafirma con mayor fuerza en aquél que avanza en el misterio de Cristo, Verbo encarnado, y en el misterio trinitario de la salvación que se centra en él. Incluso se puede decir que, a quien se esfuerza en conocerle y amarle, el propio Cristo le señala a su Madre como hizo en el Calvario a su discípulo Juan”¹⁴.

La piedad, el culto mariano, en la Iglesia es un elemento intrínseco del culto cristiano: “Si queremos ser cristianos, debemos ser marianos”¹⁵. El fundamento del culto mariano¹⁶ está contenido en las palabras de María “porque hizo en mi corazón grandes cosas el que es Poderoso”, por eso “me llamarán bienaventurada todas las generaciones” (cf. Lc 1, 48): ser Madre de Jesús e intervenir íntimamente en los misterios de Cristo. De aquí surgen las notas específicas del culto a la Madre de Dios. A la piedad hacia María, nuestra Madre, le va a corresponder despertar nuestro corazón y purificarlo en la fe¹⁷, mantener ese nexo de los misterios cristianos, así como la tensión madurante entre la racionalidad reflexiva y nuestro corazón, sin desprendernos de ambos: mente y corazón, serenidad y sobriedad, luz y fervor. Esto hará que también nosotros seamos “nexo de los misterios”, como toda una tradición del pensamiento cristiano afirma: “homo nexus est Dei et mundi”¹⁸ en Cristo, el primer nexo en sí y por nosotros (cf Lc 2, 11; Mt 1,21; I Tm 2, 5-6; Hb 12, 24), la clave de comprensión de toda la realidad y de toda realidad.

La Virgen María, Madre del Redentor

“La Madre de mi Señor” (Lc 1, 43). Así de sencilla y profundamente nos presenta a María su prima Santa Isabel. Comprender a María es comprender a Cristo, aceptar a María es aceptar a Cristo: “María será siempre la llave exacta de la comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia”¹⁹. Bien podríamos encontrar en estas palabras, la Madre del Redentor²⁰, el principio configurador de la Mariología: “María es hasta tal punto Madre, que no se la puede entender al margen de su maternidad”²¹. Todo lo que la Biblia, los Santos Padres, el Magisterio y la Teología dicen de María se unifica y parte de que es la Madre de Jesús. Para el evangelista San Juan (cf 2, 1), como para los Hechos de los apóstoles, María es la Madre de Jesús, unida totalmente a su persona y a su obra. Y así fue conocida en la Iglesia primitiva: “en compañía de María, la Madre de Jesús” (Hch 1, 14). Los misterios de Cristo son misterios de la Madre, son los misterios del hombre²².

¹² Cf. SAN PEDRO CRISÓLOGO, Sermón 43: PL 52, 320.

¹³ Cf. BRUNO FORTE, o.c., pp. 277-278.

¹⁴ JUAN PABLO II, ¡No tengáis miedo! André Frossard dialoga con Juan Pablo II, Plaza & Janés, Barcelona 1982, p. 131.

¹⁵ PABLO VI, Mc 56.

¹⁶ Cf. LG 66; PABLO VI, Mc 29, 30.

¹⁷ Cf. JOSEPH RATZINGER Y HANS URS VON BALTHASAR, o.c., p. 50.

¹⁸ Metaphysica I, 1, 1, en: Sancti Alberti Magni Opera Omnia, XVI/1, 2.

¹⁹ PABLO VI, Discurso de clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II, 23.

²⁰ Cf. LG 55.

²¹ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, Mensaje con ocasión del año mariano, en: L'Osservatore Romano, 6 de octubre de 1988, 6.

²² Cf. JUAN PABLO II, Rosarium Virginis Mariae, n. 18.

Con María avanzaremos en la inteligencia del misterio de Cristo y lo podremos vivir en plenitud²³, pues ella alimentará nuestra fe, consolidará nuestra esperanza y fortalecerá nuestro amor²⁴. La Virgen nos acompaña para contemplar a Cristo con ella, especialmente en el rezo del Santo Rosario²⁵, donde nos propone a los creyentes los misterios de su Hijo. Lo que la Iglesia enseña sobre María ilumina a su vez la fe en Cristo; del mismo modo es cierto que “sólo en el misterio de Cristo se esclarece plenamente misterio de María”²⁶ y nuestro propio misterio, la verdad sobre nosotros²⁷. María hará que celebrándola, nos demos cuenta de Él²⁸.

2. “Y os saciaréis de sus consuelos” (Is 66, 11).

En la salve llamamos a la Virgen “vida, dulzura y esperanza nuestra”, porque María es nuestro consuelo²⁹, pues nos da al “Dios del consuelo” (II Cor 1, 3). Muchos y diferentes son los sufrimientos de cada uno de nosotros. Nos hacen guerra el dolor y el sufrimiento, pero no podrán con nosotros a pesar de que alarguen sus surcos en nuestras almas y en nuestro cuerpo (cf. Salmo 128). María con su Hijo custodia nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestro espíritu (cf. I Ts 5, 23). Ella es nuestro alcázar y nuestro baluarte. Ella nos saciará de gozo del Señor, de su alegría perpetua (cf. Salmo 15), “lo hace mediante su intercesión, implorando para ellos la efusión inagotable del Espíritu”³⁰.

Delante de su imagen es bueno meditar la promesa de “saciamos” del consuelo de Dios: “Por la mañana sácianos de tu misericordia, y toda nuestra vida será alegría y gozo” (Salmo 89). María atiende nuestros gritos de socorro. Nuestra Señora hará que nos sostenga el Señor (cf. Salmo 3). Nuestra suerte cambiará con ella (cf. Salmo 125) y se alegrarán nuestros huesos quebrantados (cf. Salmo 50). María nos invita a acercarnos a Jesús, el odre de Dios, para experimentar el consuelo más sabroso de Dios, con el que todo lo podremos fácilmente (cf. Flp 4, 13; Rm 8, 37), porque precisamente este gozo del Señor será nuestra fortaleza (cf. Ne 8, 10). Descarguemos en el Hijo de María nuestro agobio, nuestras preocupaciones, porque Él se interesa por nosotros y nos aliviará (cf. Mt 11, 28; I P 5, 7; Salmo 55; 37). Pero el consuelo de Cristo en María es saciedad, porque nos da más que lo pensamos y esperamos (cf. Ef 3, 20; Salmo 102; Jr 31, 10-14). No nos defraudará (cf. Salmo 24; 118, 25-32; Is 45, 15-26; Rm 5, 5).

“¡Mira la estrella! ¡Invoca a María!”

Así nos invita el llamado “Doctor de María”, San Bernardo de Claraval: “Tú, quien quiera que seas y te sientas cerrado por la corriente de este mundo, no apartes tu vista de esta Estrella si no quieres sumergirte bajo las aguas. Si la vida sacude con fuerza la navicilla de tu espíritu, ¡vuelve los ojos a María! Si estás angustiado, aturdido o aterrado por la desesperación o la tristeza, ¡piensa en María! Recurre a María si te asalta el peligro, la angustia o la duda Que María no se ausente de tu corazón. Si la

²³ Cf. Oración colecta del I Domingo de Cuaresma.

²⁴ Cf. Oración después de la comunión del I Domingo de Cuaresma.

²⁵ Cf. JUAN PABLO II, Rosarium Virginis Mariae, nn. 5, 10, 11-17.

²⁶ JUAN PABLO II, MR 4; cf 19; CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 487.

²⁷ Cf. VATICANO II, GS 22; JUAN PABLO II, Rosarium Virginis Mariae, n. 25.

²⁸ Cf. JOSEPH RATZINGER, Vía Crucis. Meditación y oración, Edicep, Valencia 2005, p. 64.

²⁹ Cf. VATICANO II, LG 68.

³⁰ Cf. JUAN PABLO II, Rosarium Virginis Mariae, n. 15.

sigues no te desviarás. Si recurres a ella, no desesperarás. Si la recuerdas, no caerás en el error. Si ella te protege, no te vendrás abajo. Con su favor, llegarás a puerto”³¹.

El santo, comentando “y el nombre de la Virgen era María” (Lc 1, 27), dice “que significa estrella del Mar”, porque dio a luz al Hijo de Dios y brilla en las alturas y penetra en los abismos de nuestro ser, elevada sobre el altar de nuestra vida. Ella es faro para navegar por nuestro agitado mundo personal, cultural y social. También la llama Pablo VI “estrella de la evangelización”³², porque María ilumina la misión. Quien recibe de María la alegría del corazón se convierte en consuelo, en samaritano, para los demás. Así nos lo dice San Pablo: “El Dios del consuelo nos alienta en nuestras luchas hasta el punto de poder nosotros alentar a los demás en cualquier lucha, repartiendo con ellos el ánimo que nosotros recibimos de Dios” (II Cor 1, 4). Si María es para nosotros “vida, dulzura y esperanza”, nosotros seremos para los demás, por la capacitación intercesora de María, “alegría, paz y amor”³³, porque quien tiene la experiencia de María dando a Cristo a nosotros “sabe que quien no da a Dios, da demasiado poco”³⁴. Pero el amor puede ser mandado porque antes es dado³⁵: “Da lo que mandas y manda lo que quieras”³⁶.

3. “Yo haré derivar hacia ellos como un río la paz” (Is 66, 12).

Esta es la promesa del Señor: bendecir a su pueblo con la paz (cf. salmo 28) y guiar nuestros pasos por el camino de la paz (cf. Lc 1, 79). María va a darnos la paz porque nos da a Cristo que es la paz para todos (cf. Ef 2, 16-17). Haya paz dentro de tus muros, dentro de tu persona, al acercarte a la Jerusalén del cielo (cf Hb 12, 22). “El justo crecerá como una palmera, se alzarán como un cedro del Líbano: plantado en la casa del Señor, crecerá en los atrios de nuestro Dios, en la vejez seguirá dando fruto y estará lozano y frondoso” (Salmo 91; cf Salmo 1; Jr 17, 8). Todos podemos beber la misma bebida espiritual que es Cristo (cf II Co 10, 4; Ex 17, 5-6), “como un río la paz”, porque “de sus entrañas manarán torrentes de agua viva”, refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en Él” (Jn 7, 37-39; cf Ez 47). Y así tendremos dentro de nosotros “un surtidor de agua que salta a la vida eterna” (Jn 4, 14). Necesitamos el don de Dios, el don del Espíritu (cf Jn 4, 10).

“Él es nuestra paz” (Ef 2, 14)

Queremos “en la verdad, la paz”, “la verdad de la paz” y “la paz verdadera”³⁷. Él es verdaderamente la paz, nos dice María. “Debemos convertirnos a la verdad de la paz”³⁸. La paz, don celestial y gracia divina, es también tarea responsable nuestra, ejercicio de una responsabilidad mayor de conformar nuestra vida y nuestro ambiente “en la verdad, en la justicia, en la libertad y en el amor”³⁹. Sólo “la lengua bífida

³¹ SAN BERNARDO, Sermón de la Virgen Madre 2, 17: PL 83, 61, en: Obras completas, BAC, Madrid, 1984, pp. 637-639.

³² EN 82.

³³ BENEDICTO XVI, Mensaje de Cuaresma 2006.

³⁴ BENEDICTO XVI, Mensaje de Cuaresma 2006.

³⁵ BENEDICTO XVI, Mensaje de Cuaresma 2006.

³⁶ SAN AGUSTÍN, Confesiones X, 29, 40.

³⁷ BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1 de enero de 2006, n.3.

³⁸ Vaticano II, GS 77.

³⁹ BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1 de enero de 2006, n.4.

pronuncia desde el principio la mentira”⁴⁰, “el padre de la mentira” (Jn 8, 44) tergiversa de manera programada la verdad, llevando a un número impresionante de hombres y mujeres, e incluso de familias y comunidades enteras⁴¹ a la explotación de todo lo personal. La auténtica búsqueda de la paz requiere que, siguiendo a María, tomemos conciencia de que el problema de la verdad y de la mentira también concierne a cada hombre y a cada mujer; esa toma de conciencia es decisiva para todos nosotros⁴². No amemos ni practiquemos la mentira (cf Ap 22, 15), ni como fin ni como medio de nuestro actuar: “andar en verdad delante de la Verdad”⁴³. El, que es nuestra paz, nos dice también a nosotros, como dijo a nuestra Santa Teresa de Jesús: “Búscate en mí, búscame en ti”⁴⁴.

El Evangelio de la paz

Jesús, el Hijo de María, nos invita a anunciar y testimoniar “El Evangelio de la paz” y a fundamentar la paz en la verdad de nuestra existencia cotidiana inspirada en su mandamiento de amor⁴⁵. El cristiano despliega la hondura del principio que afirma que el bien es superior al mal, puede más que el mal a la larga; el bien es más humano, es indicador de una mayor sabiduría, de una mayor madurez humana y de mayor peso para la existencia humana. El devoto de María piensa, siente y obra “con la certeza de que el mal no prevalecerá, el cristiano cultiva una esperanza indómita que le ayuda a promover la justicia y la paz”⁴⁶, no dejándose vencer por el mal, sino más bien, venciendo al mal con el bien (cf Rm 12, 31), porque el que quiere “vencer al mal por el mal... en vez de vencer al mal, se deja vencer por el mal”⁴⁷. El único modo para salir del círculo vicioso del mal por el mal es “no devolver a nadie mal por mal” (Rm 12, 17), buscando a Jesús y a María que nos rescatan del mal por el mal y nos capacitan⁴⁸ para hacer el bien en presencia del mal.

Mantengamos en paz nuestra alma lo más posible, porque es el primero de los bienes. Sin ella, los demás bienes llegan a ser casi invisibles⁴⁹. Si Cristo es nuestra paz en cada facultad del alma, en toda nuestra persona, si se adueña de nuestro ser, jamás habrá en nosotros agitación desasosiego, inquietud y turbación⁵⁰. No demos a moler a nuestra mente, a nuestra alma, más que buen trigo, vigilando necesariamente nuestras fuentes, nuestros puntos de partida. No se halla la paz más que en la humildad, velando sobre nuestra justificada necesidad de contradecir y criticar a los demás para mejor afirmarnos nosotros ante nuestros propios ojos; digamos nuestro punto de vista, nuestro sentir, con sencillez, tengamos calma después y oremos con confianza⁵¹.

⁴⁰ BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1 de enero de 2006, n.4.

⁴¹ BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1 de enero de 2006, n.5.

⁴² BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1 de enero de 2006, n.5.

⁴³ SANTA TERESA DE AVILA, Libro de la vida, c.40,3.

⁴⁴ Cf. SANTA TERESA DE AVILA, Poema 8 y Vejamen: Obras Completas, Monte Carmelo, 1994, pp. 1334-1335, 1362-1367.

⁴⁵ BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1 de enero de 2006, nn.11, 16.

⁴⁶ JUAN PABLO II, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1 de enero de 2005, n. 11.

⁴⁷ JUAN PABLO II, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1 de enero de 2005, n. 1.

⁴⁸ JUAN PABLO II, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1 de enero de 2005, n. 12.

⁴⁹ Cf. ROBERT DE LANGEAC, o.c., pp. 52-53.

⁵⁰ Cf. ROBERT DE LANGEAC, o.c., pp. 31-32.

⁵¹ Cf. ROBERT DE LANGEAC, o.c., pp. 40, 41.

María, Madre de la Iglesia

María, en cuanto Virgen, Madre y santa, es miembro y, al mismo tiempo, Madre de la Iglesia⁵². Los misterios de la Iglesia y de María son solidarios, es decir, para entender uno de ellos es indispensable contemplar el otro⁵³. La dimensión mariana de la Iglesia es elemento innegable de la experiencia cristiana⁵⁴, por ello, es necesaria “una inserción de la dimensión mariana en la única espiritualidad cristiana, porque ella esté enraizada en la voluntad de Cristo”⁵⁵. Es más, María es el icono perfecto de la maternidad de la Iglesia⁵⁶. María es verdaderamente nuestra Madre. Nos da vida, nos protege y la defiende. Nos da a Jesús. Tratémosla como a una persona viva: “Viva en cada uno el espíritu de María para ensalzar al Señor; reine en cada uno el alma de María para glorificar a Dios”⁵⁷. Decía San Atanasio que “por María nos hacemos hermanos de Cristo”⁵⁸.

La eclesialidad de nuestra fe

La fe cristiana no es algo puramente espiritual e interior, y nuestra relación con Cristo no es sólo subjetiva y privada. Al contrario, es una relación totalmente concreta y eclesial⁵⁹. Amar a la iglesia y sentir con la Iglesia es un signo de la seriedad de nuestra fe y la mejor autenticación de ella. San Ignacio de Loyola quiere que el máximo de su experiencia personal de ejercitante de los ejercicios espirituales desemboque en un máximo de comunión eclesial, de enraizamiento en la comunidad eclesial; es más, esta experiencia eclesial, esta comunión, será la que garantice la fe personal. Es una convicción en el santo de que la verificación de la experiencia personal viene dada por la inserción gozosa en la comunidad eclesial, por ello redacta unas reglas de discernimiento de espíritus para verificar la eclesialidad del ejercitante⁶⁰. Así nuestra personal santidad no sólo será fecunda sino hará que el rostro de la Iglesia refleje la luz de Cristo (cf LG 1)⁶¹.

Eclesialidad, en efecto, es un término exigente: significa tener conciencia de pertenecer a la Iglesia y, más aún, saber ser iglesia, tener sentido de Iglesia y amar afectiva y efectivamente a la Iglesia como Esposa de Cristo (cf Ef 5, 21-33). Recuerdo unas hermosas palabras de Pablo VI que fundamentan el gozo de la eclesialidad: “Cada uno debe sentirse feliz de pertenecer a la propia diócesis. Cada uno puede decir de la Iglesia propia local: aquí Cristo me ha esperado y me ha amado, aquí lo he encontrado y aquí pertenezco a su Cuerpo Místico. Aquí me encuentro dentro de la unidad”⁶². La Iglesia Diocesana es el punto efectivo donde el hombre encuentra a Cristo y donde se le abren las puertas al plan concreto de salvación⁶³.

⁵² Cf. VATICANO II, LG 4, 53, 60, 63, 69.

⁵³ Cf. VATICANO II, LG 63-64; PABLO VI, María, Madre de la Iglesia. Discurso en la sesión de clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II, 23-24; DE LUBAC H., Meditación sobre la Iglesia, Ediciones Encuentro, Madrid 1980, p. 249, 247-291.

⁵⁴ Cf. JUAN PABLO II, Audiencia General, 15 noviembre de 1999.

⁵⁵ JUAN PABLO II, Alocución a la Facultad Teológica “Marianum”, 10 de diciembre de 1988.

⁵⁶ Cf. JUAN PABLO II, Rosarium Virginis Mariae, n. 15.

⁵⁷ SAN AMBROSIO, Exposición sobre Lucas 2, 26: PL 15, 1561.

⁵⁸ Sermón en la anunciación, 32, 14: PG 28, 938.

⁵⁹ Cf. BENEDICTO XVI, A los presbíteros y diáconos de Roma, 13 de mayo de 2005.

⁶⁰ SAN IGNACIO DE LOYOLA, EE 352-370.

⁶¹ Cf. BENEDICTO XVI, A los presbíteros y diáconos de Roma, 13 de mayo de 2005.

⁶² PABLO VI, La eucaristía, vínculo de unión y centro de la Iglesia local y universal: Eccl 32(1972/2) 1401.

⁶³ Cf. PABLO VI, l.c. 1400.

El camino de nuestra inserción en la Iglesia universal se realiza en la Iglesia Particular, es el espacio histórico en el que una vocación se expresa realmente y realiza su tarea apostólica: “La Iglesia universal se realiza de hecho en todas y cada una de la Iglesias particulares que viven en la comunidad apostólica y católica”⁶⁴. “Toda comunidad local reunida en torno a su Obispo, es verdadera y plenamente Iglesia. Esta conciencia se ha hecho tan fuerte después del Concilio Vaticano II, que hoy podemos decir, con una formulación grávida de consecuencias, que es en las Iglesias particulares y de las Iglesias particulares, es decir, en las y de las Diócesis, que subsiste la sola y única Iglesia católica”⁶⁵.

La religión pura e intachable a los ojos de Dios.

Una sincera y ardiente devoción a María en el Espíritu de Cristo impregnará siempre nuestro corazón de tal forma que, cual palmera plantada en la casa del Señor, seguirá dando frutos (cf Salmo 91). Las Basílicas serán la casa de la renovación espiritual donde sólo se hospeda “el que procede honradamente y practica la justicia” (Salmo 14, 23)⁶⁶. El ya mencionado “nexo de los misterios” producirá una revitalización recíproca de los mismos⁶⁷. La fe auténtica da frutos, según nos dice San Pablo: “la fe actúa por la caridad” (Gal 5, 6). Y así mismo no hay amor auténtico que no alimente la fe: “La religión pura e intachable a los ojos de Dios Padre es ésta: visitar huérfanos y viudas en sus tribulaciones y no mancharse las manos con este mundo” (St 1, 27).

El Señor nos responderá en este lugar, nos dará la paz, si “dejamos libres a los oprimidos, partimos el pan con el hambriento, hospedamos a los pobres sin techo, vestimos al desnudo y no nos cerramos a nuestro propio hermano, a todo hombre, a la propia carne; entonces nos nacerá la luz de lo alto, pasará nuestra casa u nos abrirá camino la justicia y detrás irá la gloria de Dios; clamaremos y Dios nos escuchará, nos dirá: “Aquí estoy” (cf. Is 58, 1-9). “Si procuras alejar de tu prójimo sus sufrimientos, sus pruebas, la incertidumbre de su futuro, toda murmuración contra él, ¿qué piensas que va a ocurrir? Algo grande y admirable. Un espléndido premio. Escucha: Entonces romperá tu luz como la aurora, y abrirá camino la justicia. ¿Y quién no anhela la luz y la justicia?”⁶⁸, porque “la santidad es el adorno de tu casa” (Salmo 92).

4. “Llevarán en brazos a sus criaturas y sobre las rodillas las acariciarán” (Is 66, 12)

¡Qué fuentes de regeneración de ánimo, de esperanza y de sanación espiritual contienen estos versículos para nosotros! La Virgen nos invita a vivir en esta ternura de Dios y en esta confianza fundamental: “Te colma de gracia y de ternura” (Salmo 102). Y ésta es la conversión que Dios nos pide: “vuestra fuerza está en confiar y estar tranquilos” (Is 30, 15). Junto a María aprendemos a confiar en Dios, podremos

⁶⁴ CONFERENCIA ESPISCOPAL ESPAÑOLA, Testigos del Dios vivo, 41: Eccl 45 (1985/2) 821.

⁶⁵ JUAN PABLO II, La Chiesa nella dimensione universale e locale, Homilía de Lugano- Suiza, 21 de junio de 1984.

⁶⁶ Cf. SAN BERNARDO, Sermón 33.

⁶⁷ Cf. SAN PEDRO CRISÓLOGO, Sermón 43: PL 52, 320.

⁶⁸ SAN GREGORIO NACIANCENO, Sermón 14, Sobre el amor a los pobres, 38. 40: PG 35, 907. 910.

vivir en la “confianza indómita” a pesar de todo. En el creyente tiene un lugar central la confianza, hija de la esperanza: “La confianza, y nada más que la confianza puede conducirnos al amor”⁶⁹. María es la Virgen de la confianza, “Mater mea, fiducia mea”, nos dice Benedicto XVI: “Así podréis difundir en torno a vosotros, donde quiera que estéis, el perfume de la confianza de María, que es la confianza en el amor providente y fiel de Dios”⁷⁰.

Teresa de Lisieux, la doctora más joven de la Iglesia, descubrió en este texto de Isaías la confianza radical en el amor de Dios⁷¹, cuando buscaba un camino muy recto, muy recto, y para los débiles, el ascensor, como ella lo llamaba, para los pequeños: “nunca palabras más tiernas ni más melodiosas alegraron mi alma; el ascensor que ha de elevarme hasta el cielo son tus brazos, Jesús; no necesito crecer, sino ser pequeña”⁷². Verdaderamente Dios “Toma en brazos los corderos y hace recostar alas madres” (Is 40, 10-17). “¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no me olvidaré de ti” (Is 49, 15). Estos versículos plasman el amor indefectible de Dios: Dios realiza su providencia “suaviter et firmiter”⁷³, con firmeza dulce y con dulzura firme. Y Dios realiza ya en nuestros corazones lo que un día será para nosotros⁷⁴. “Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me recogerá” (Salmo 26): “Todo lo mío es tuyo” (Lc 15, 31). El Señor convierte en realidad lo que para nosotros es un sueño, pues su gran amor todo lo engrandece⁷⁵.

La confianza tiene un poder realizador, sanador de las honduras del corazón y de la personalidad. La “arrebataadora sonrisa de la Santísima Virgen”⁷⁶ llegará hasta el fondo de nuestro corazón y hará desvanecerse nuestras penas, porque su sonrisa nos curará. La Virgen hará que se transforme nuestro corazón y comenzará el ciclo más bello de nuestra vida después de tanto trabajarnos a nosotros mismos sin pescar nada (cf. Lc 5, 5), la caridad entrará en nuestros corazones: “en la interior bodega de mi Amado bebí y, cuando salía por toda aquesta vega, ya cosa no sabía; y el ganado perdí que antes seguía”⁷⁷. Si Dios nos introduce en la “interior bodega” (Ct 2, 4) que plasma el texto del profeta Isaías, perderemos el ganado de nuestras de apetencias y gustos que nos atan, “ya no guardo ganado, ni tengo otro oficio, que ya sólo en amar es mi ejercicio”⁷⁸, en lo que empleo mi alma y todo mi caudal. “Metióme dentro de la bodega secreta y ordenó en mí el amor” (Ct 2, 4).

La familia cristiana

¿Cómo vivir la familia real desde el seguimiento de Cristo? ¿Cómo vivir la realidad familiar con la esperanza, la fe y el amor de María? El texto del profeta Isaías descubre la vida familiar desde la vida familiar con Dios. La vida familiar depende del clima familiar, de las virtudes domésticas. San Pablo nos enuncia algunas de las virtudes domésticas: misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura y

⁶⁹ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, Cta 197 vº.

⁷⁰ BENEDICTO XVI, Al Seminario Pontificio Romano Mayor, 25 de febrero de 2006: Ecclesia, nº 3.300, 11 de marzo de 2006, pp. 26-27.

⁷¹ Cf. Manuscrito C 2 vº- 3vº.

⁷² Manuscrito C 3vº.

⁷³ Cf. Sab 8,1; Vaticano I DH, 3003.

⁷⁴ Cf. SAN LEÓN MAGNO, Sermón 65, 3-4: PL 54, 367.

⁷⁵ Liturgia de las Horas, vol. II, p. 951.

⁷⁶ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, Manuscrito A 30r-30vº.

⁷⁷ SAN JUAN DE LA CRUZ, Cántico espiritual (CB), c. 26.

⁷⁸ SAN JUAN DE LA CRUZ, o.c., c. 28.

comprensión (cf. Col 3,12-21); y las fuentes capacitadoras del clima familiar: celebrar la acción de gracias, la Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza, enseñaos, exhortaos. Sin beber en las fuentes no hay conductas ni motivos ni reservas espirituales ni aceptación de lo no ideal. María nos enseña a saber estar como creyente en lo imperfecto, en lo débil, en lo defectuoso, en lo no ideal, para promoverlo con la paciencia sabia. La calidad del creyente se manifiesta en cómo reacciona en la conflictividad y en cómo espera la fecundidad a largo alcance de los valores; el ideal lo promueve desde dentro. Nosotros no éramos el ideal de persona para Cristo. Ejercitemos en familia el perdón: el “nada pedir, nada rehusar”⁷⁹ ni nada condenar. A pesar de nuestra buena voluntad, sabemos hacernos sufrir mutuamente, nos rozamos y nos herimos sin querer, pero de modo muy real: “la contradicción de los buenos”⁸⁰, los buenos hacen sufrir a los buenos.

La gramática de la existencia y la ciencia de la vida

“Lo que oímos y aprendimos, lo que nuestros padres nos contaron, no lo ocultaremos a sus hijos, lo contaremos a la generación futura” (Salmo 71; cf Ex 13, 14; Salmo 43; 77); “para poder decirle a la próxima generación: Éste es el Señor, nuestro Dios. Él nos guiará por siempre jamás” (Salmo 47). La gramática de la existencia y la ciencia de la vida se aprenden en la escuela de la familia: “volver a empezar, junto a María, nuestra iniciación a la verdadera ciencia de la vida y a la más alta sabiduría divina”⁸¹. Hay que formar el corazón, el ser: “Nada más falso y enfermo que el corazón, ¿quién lo entenderá? Yo, el Señor, penetro el corazón, sondeo las entrañas, para dar al hombre según su conducta, según el fruto de sus acciones” (Jr 17, 5-10). Formar el corazón es aprender a ser, a pensar, a conocer, a servir y a amar. El camino madurativo de nuestro corazón se manifiesta en una triada cual unidad múltiple: libertad, decisión y amor; motivación, libertad y decisión. Se trata del camino de nuestra voluntad, hoy perdida como área a formar y que presenta sus graves patologías en los ambientes⁸².

María es capital para que Cristo sane⁸³ la voluntad rompiendo las cadenas del corazón (cf Salmo 115)⁸⁴, después de sanar y liberar la inteligencia, como nos dice San Pablo a los Romanos 7, 14-25⁸⁵: nuestra libertad debe ser liberada⁸⁶. La devoción madurante a María conjurará los tres abismos posibles del hombre de siempre: el abismo de la inteligencia, el abismo de la voluntad, el abismo de lo religioso. María nos da, nos construye, la decisión, la voluntad, por ser maestra de la determinación y del compromiso; el “hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38) es el acto de fe más puro, “nada hay más fecundo que su consentimiento”⁸⁷, junto con su sabrosa docencia “haced lo que él os diga” (cf. Jn 2, 5; Gn 41, 55). Que María interceda para que nuestro corazón sea sensato (cf Salmo 89) y se sanen nuestras voluntades rebeldes, porque “es Dios quien activa en nosotros el querer y la actividad para realizar su designio de amor” (Flp 2, 13).

⁷⁹ Cf. SAN FRANCISCO DE SALES, Conversaciones espirituales, Apostolado de la Prensa, Madrid 1952, pp. 258-263.

⁸⁰ Cf. SANTA TERES DE JESÚS, Vida 3º, 6; cf. 32, 14-18.

⁸¹ PABLO VI, Alocución en Nazaret, 5 de enero de 1964.

⁸² Cf. SAN AGUSTÍN, Confesiones, VIII, 1, 1-8, 12; 9, 21-28.

⁸³ Cf. SAN AGUSTÍN, Confesiones, I, 5, 5; VII, 18, 24; VIII, 10-12; VIII, 6, 13-18.

⁸⁴ Cf. SAN AGUSTÍN, Confesiones, IX, 1, 1.

⁸⁵ Cf. SAN AGUSTÍN, Confesiones VII, 21, 27.

⁸⁶ Cf. JUAN PABLO II, VS 86.

⁸⁷ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, Mensaje con ocasión del año mariano, L'Osservatore romano, 6 de octubre de 1988, 6.

Formación, cultura y testimonio

Dice San Luis María Grignon de Monfort⁸⁸ que María es molde viviente de Dios, “forma Dei”, ya que sólo en ella se formó Dios hombre y en ella sola también ha de formarse el hombre en Dios. La vida cristiana es que “Cristo tome forma en vosotros” (Ga 4, 19). “Forma Christi” es la vida espiritual, la formación, que viene a ser recibir y tomar la forma de Cristo: El misterio de Cristo debe ser el eje vivencial del camino espiritual y de su crecimiento. “tener la mente de Cristo” (I Cor 2, 16), “tener los sentimientos de Cristo” (Flp 2, 5), “vivir como Él vivió” (I Jn 2, 6) y “tener el buen olor de Cristo” (II Cor 2, 15). María nos invita , pues, a formarnos, a renovar nuestra mente según Cristo (cf. Ef 4, 23-24) y vestirnos de la nueva condición en Cristo.

Nos es necesaria una formación para que nuestra fe sea plenamente acogida, enteramente pensada y fielmente vivida. La formación, en cuanto “forma Christi”, es reavivar el don recibido en el bautismo, es proceso continuo y constante de conversión a Cristo, es fidelidad al propio ser, es exigencia intrínseca de la misma fe, es mantener nuestro proceso de continua maduración personal en Cristo, es la profundización y maduración en la orientación vital e íntima de nuestra vida, es un percibirnos haciéndonos personas en Cristo. Formarse, pues, es quehacer continuo para devenir aquello que somos en Cristo por el bautismo. Esta concepción nueva de la formación cristiana está fundamentada en razones y en motivos fuertes de fe y de crecimiento humano en Cristo, y apunta integralmente a toda la persona: modo de ser, de pensar, de amar, de servir y de obrar. Esta formación integral es una de las tareas obligadas en las Basílicas Menores, según el citado Decreto “Domus Dei”. La fe se pierde si no hay disciplina en la fe; la fe necesita crecer en los tiempos duros, como los campos en invierno ocultan la cosecha, “en invierno crece el pan” dicen los campesinos.

Conclusión

Después de comentaros el texto enjundioso de Isaías, que nos ha llevado a los núcleos del ser cristiano en el ser mariano, quiero poner a los pies de nuestra madre Santa María la nueva andadura de las nuevas Basílicas Menores de Alicante y de Aspe, de nuestra diócesis.

“Atráeme, correremos a la fragancia de tus perfumes” (Ct 1, 4)

Jesús, contestando a los griegos que querían verle, dijo “cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí” (Jn 12, 32). Señor, verdaderamente quien te sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (cf Jn 8, 12), porque tu luz le hará ver la luz (cf Salmo 35). Tener la luz es el resultado de un círculo de vida: permanecer en tu palabra, conocer la verdad, y la verdad nos hará libres (cf Jn 8, 31). Por tu bondad, “presérvanos de la fascinación de la vanidad, que oscurece la mente y oculta el bien”⁸⁹. Pedirle al Señor que nos atraiga es reconocer, al mismo tiempo, nuestro deseo y nuestra impotencia, nuestro querer y nuestra incapacidad de llegar⁹⁰; los caminos son bellos, pero la esposa pide ser llevada. Pero esta petición de ser

⁸⁸ El secreto de María I, 16. Aunque el santo atribuye la expresión “forma Dei” a San Agustín, otros autores se la asignan a San Alberto de Chartres: SAN AGUSTÍN, Sermón 208 (a), Fiesta de la Asunción de María: PL 39, 2131.

⁸⁹ Cf. LITURGIA DE LA HORAS, vol. II, p. 316.

⁹⁰ Cf. SAN GREGORIO MAGNO, Expositio in Canticum canticorum, 24; SAN BERNARDO, Sermón 21.

llevado, ser atraído, “no creas que eres atraído contra tu voluntad, pues el espíritu también es arrastrado por el amor”⁹¹; eres atraído pero no empujado ni arrastrado, puesto que toda su fuerza consiste en la suavidad. Simplemente, pedimos a Dios que nos despierte y nos conmueva ante su amor. Nuestro deseo de seguir al Hijo de María es dejarse atraer, es dejarse alcanzar por Él.

Los verbos del texto cambian de singular en plural con todo fundamento: de primera persona en singular, “atráeme”, a primera persona en plural, “correremos”. Aquí está toda la mística del yo cristiano: “nos enseñó la unidad, quiso que orásemos cada uno por todos, del mismo modo que Él incluyó a todos los hombres en su persona”⁹². Así nos enseña la Iglesia a orar aun orando en primera persona; la dinámica del versículo supone orar y desear con gran calado teológico, en el Cuerpo Místico de Cristo; supone orar la humanidad en mi humanidad: “lleva toda la Iglesia dentro de su corazón. Y dice siempre “nosotros”, incluso si dice “yo”⁹³. Lleva toda la diócesis, lleva todo el mundo.

También Teresa de Lisieux se plantea si debe hablar en primera persona en la oración y si debe orar por cada uno; este versículo del Cantar de los cantares le hizo comprender que dentro del yo deben ir todas las personas unidas a cada cristiano: “si quisiera pedir por cada alma lo que necesita y detallarlo, los días serían demasiado cortos y yo temería olvidarme de alguna cosa importante. Las almas sencillas no necesitan medios complicados, y, como yo pertenezco a ellas, una mañana, durante la acción de gracias, Jesús me ha proporcionado un medio sencillo para cumplir mi misión. Me hizo comprender esta frase de los Cantares: “Atráeme, correremos al olor de tus perfumes” (Ct 1, 3). ¡Oh Jesús!, ni siquiera necesito decir: “atrayéndome, ¡atrae a las almas que amo!”. Esta simple palabra, “Atráeme”, basta, Señor, lo comprendo, cuando un alma se deja cautivar por el olor embriagador de tus perfumes, no sabría correr sola, todas las almas a quienes ama son arrastradas por ella; esto se hace sin violencia, sin esfuerzo, es una consecuencia de su atracción natural hacia Vos. Lo mismo que un torrente, arrojándose con ímpetu en el océano, arrastra consigo todo lo que encuentra a su paso, así, ¡oh, Jesús mío!, el alma que se sumerge en el océano sin fronteras de vuestro amor, arrastra con ella todos los tesoros que posee... Señor, vos lo sabéis, no tengo más tesoros que las almas que os ha complacido unir a la mía”⁹⁴.

“Desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa” (Jn 19, 27)

Nosotros también como el discípulo amado (cf. Jn 19, 27) recibimos a María, “He ahí a tu madre” (Jn 19, 27): Las palabras del crucificado, con las que entrega a María a Juan como madre, trascienden con creces el instante y se proyectan sobre el curso de la historia; esa entrega da señales al hombre para “una especial confianza y cercanía”⁹⁵. Cristo nos invita a recibirla en nuestra casa, en nuestra persona. “La verdadera devoción a la Virgen Santísima se reafirma con mayor fuerza en aquél que avanza en el misterio de Cristo, Verbo encarnado, y en el misterio trinitario de la salvación que se

⁹¹ SAN AGUSTÍN, In Ioannem 26, 3: PL 35, 26 c.

⁹² SAN CIPRIANO, Tratado sobre el Padrenuestro, c. 8; cf SAN AGUSTÍN, Comentario Salmo 60, 2.

⁹³ Himno, LH, vol. III, p. 912..

⁹⁴ SANTA TERESA DE LISIEUX, Historia de un alma, Manuscrito C, F 33 vº-F 34 rº, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1991, pp. 332-333.

⁹⁵ Cf. JOSEPH RATZINGER, Dios y el mundo, Círculo de lectores, Barcelona 2005, p. 277, 278.

centra en él. Incluso se puede decir que, a quien se esfuerza en conocerle y amarle, el propio Cristo le señala a su Madre como hizo en el Calvario a su discípulo Juan⁹⁶. Nos serena verdaderamente, al mismo tiempo, oír la misión, la vocación, a la que Jesús llama a María: “Mujer he ahí a tu hijo” (Jn 19, 26).

Habitar en el corazón de María

El evangelista San Lucas nos presenta a María como suprema contemplativa al afirmar que “María conservaba estas cosas meditándolas en su corazón” (2, 19; cf 2, 51). En ese corazón de María podemos encontrar un asidero⁹⁷ cálido, el método mariano, para conocer, pensar y vivir las palabras, los acontecimientos y los hechos de Jesús. En el corazón de María se siente a Cristo vivido, contemplado. En el corazón de María está el Evangelio saboreado, si, con Santa Clara de Asís, nuestra alma “observa, considera, contempla, con anhelo de imitarle”⁹⁸. El misterio de Cristo debe ser gustado por esta gradación de actos en un solo acto de creer, de atención interior a las “cosas de Cristo”, el más hermoso de los hijos de los hombres (cf Salmo 44, 3).

Bajo su amparo

Quiero terminar con la oración más antigua a la Virgen, después del Avemaría, llamada “Sub tum praesidium”, probablemente compuesta a finales del siglo III. Oración llena de confianza en la intercesión de la Virgen, llamada Madre de Dios. Invocación colectiva, de índole litúrgica, con la que se invoca a la Virgen en horas difíciles:

“Sub tum praesidium confunginus, santa Dei genitrix, nostras deprecationes ne despicias in necessitatibus, sed a periculis libera nos semper, Virgo benedicta” (P6, 78, 799) (Roschini, p. 663).

“Bajo tu protección nos acogemos,
santa Madre de Dios.
no deseches las súplicas que te dirigimos en
nuestras necesidades,
antes bien líbranos siempre de todo peligro,
¡oh Virgen gloriosa y bendita!

⁹⁶ JUAN PABLO II, ¡No tengáis miedo! André Frossard dialoga con Juan Pablo II, Barcelona 1982, ¿pp. 157-158?,

⁹⁷ JOSÉ MARÍA PEMÁN, lo que María guardaba en su corazón, Palabra, Madrid 1991, p. 9.

⁹⁸ SANTA CLARA, Carta II a Inés de Praga, 20: “intuere, considera, contemplare, desiderans imitari”.

En las fuentes del amor hermoso

Y para que en estas horas difíciles María, la Virgen, la Madre, nos enseñe qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva:

“Santa María, Madre de Dios,
tú das al mundo la verdadera luz,
Jesús, tu hijo, el hijo de Dios.
Te has entregado por completo
a la llamada de Dios
y te has convertido así en fuente
de la bondad que mana de él.
Muéstranos a Jesús. Guíanos hacia Él.
Enséñanos a conocerlo y amarlo,
para que también nosotros
podamos llegar a ser capaces
de un verdadero amor
y a ser fuentes de agua viva
en medio de un mundo sediento”⁹⁹.

⁹⁹ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 42.

INDICE

1. “Alegraos de su alegría” (Is 66, 10).	2
Basilicas Menores	2
María, Icono del misterio cristiano	3
Nuestra devoción a la Virgen.....	3
La Virgen María, Madre del Redentor	4
2. “Y os saciaréis de sus consuelos” (Is 66, 11).	5
“¡Mira la estrella! ¡Invoca a María!”	5
3. “Yo haré derivar hacia ellos como un río la paz” (Is 66, 12).	6
“Él es nuestra paz” (Ef 2, 14).....	6
El Evangelio de la paz	7
María, Madre de la Iglesia	8
La eclesialidad de nuestra fe	8
La religión pura e intachable a los ojos de Dios.	9
4. “Llevarán en brazos a sus criaturas.....	9
y sobre las rodillas las acariciarán” (Is 66, 12)	9
La familia cristiana	10
La gramática de la existencia y la ciencia de la vida	11
Formación, cultura y testimonio.....	12
Conclusión	12
“Atráeme, correremos a la fragancia de tus perfumes” (Ct 1, 4)	12
“Desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa” (Jn 19, 27)	13
Habitar en el corazón de María	14
Bajo su amparo.....	14
En las fuentes del amor hermoso	15